

## Las batallas de la corresponsalía de guerra

Marcado por los riesgos sobre el terreno y las políticas de censura de los gobiernos, el periodismo de guerra se ha adentrado en otro mundo, más pasivo, alejado del frente.

Jean-Paul Marthoz

**S**e trata, me temo, de una profesión en vía muerta”, concluía con tristeza John Simpson, redactor jefe internacional de la BBC en sus memorias de “corresponsal extranjero”. Mencionaba a su hijo, “que probablemente tendrá demasiado sentido común como para convertirse en periodista internacional. Si es que para entonces sigue existiendo este oficio”.

Los corresponsales de guerra están de capa caída. Desde el fin de la guerra de Vietnam, que había consagrado la figura del periodista aventurero, libre de subirse a un helicóptero Chinook y de ir de un campo de batalla a otro, la profesión siente que no deja de perder terreno. Las autoridades estadounidenses, acusando a los medios de comunicación de la derrota en Indochina, empezaron a principios de los años ochenta a aplicar reglas destinadas a ejercer un estrecho control sobre la prensa. La invasión en 1983 de la isla de Granada, país minúsculo del Caribe, sirvió de prueba: se mantuvo a los periodistas estrictamente al margen de las operaciones militares. La invasión de Panamá en 1989 y la guerra del Golfo en 1991 confirmaron esta voluntad de reapropiación estatal del relato de la guerra. Se ha hecho de dos maneras: por medio del “acompañamiento” de los corresponsales en el terreno y por medio del lanzamiento de campañas de comunicación y desinformación para imponer la versión oficial de los motivos, objetivos y desarrollo de la contienda. Los periodistas que desembarcaron en el centro de prensa de la coalición en Dhahran (Arabia Saudí) fueron rehenes del Pentágono. Alejados de las líneas de frente, aislados de las fuentes discordantes, los centenares de enviados especiales solo podían limitarse a repetir las declaraciones de los generales. Ante los espectadores, daban la imagen de aficionados, bufones o aduladores. La competencia entre las grandes cadenas de televisión no hizo sino agravar los efectos de esta dependencia. La mayoría de las noticias falsas distribuidas por el Pentágono, el Departamento de Estado y las agencias privadas de comunicación se difundieron por antena en directo y sin filtro.

Parte de la prensa cumplió con su cometido, verificando las declaraciones de las autoridades y cuestionando las escenificaciones oficiales. Hay quien incluso quiso cubrir la guerra por libre, al margen de los *pools*. Los apodaban los “unilaterales” o los “gatos salvajes”. “No hay nada más incoherente para un periodista que una llamada al orden”, afirmó en unas célebres declaraciones un corresponsal de la televisión francesa. Sin embargo, apenas unos meses después de la mistificación de la “falsa fosa” de Timisoara durante la “Revolución” rumana, esta cobertura de la guerra del Golfo dio pie a una pérdida de credibilidad, que hoy en día siguen arrastrando los grandes medios, y dio cabida a otros actores de la información y la desinformación.

En 2003, la segunda guerra de Irak intensificó esta deriva. Conmocionados por los atentados del 11 de septiembre de 2001, temerosos de ir a contracorriente de una opinión pública sedienta de venganza, gran parte de los medios de comunicación norteamericanos transmitieron las acusaciones de la administración Bush contra Saddam Hussein. Hasta el punto de renunciar al papel que les exige la Constitución estadounidense: el de perro guardián (*watchdog*), garante de la integridad de las instituciones. Hubo honrosas excepciones a ese seguidismo, no solo en Estados Unidos, pero la credibilidad del conjunto de la prensa internacional recibió otro duro golpe. En 2004, el *New York Times* entonó el *mea culpa*, el *media maxima culpa*, publicando en sus columnas una crítica severa de su cobertura de la escalada bélica.

La introducción del *embedding*, la incrustación de reporteros en las unidades militares, permitió sin duda a los corresponsales estar en el centro de los enfrentamientos. Pero también reafirmó la connivencia entre la prensa y el ejército, con el riesgo de pasar por alto reveses o abusos. La información procedente de esas escenas de combate, un calidoscopio de imágenes controladas, fragmentadas, sobre incidentes concretos, contribuyó a enturbiar el sentido de la guerra, a convertirla en un espectáculo más cercano a los trucos

Jean-Paul Marthoz es periodista, miembro de Committee to Protect Journalists.

publicitarios de Hollywood que a los principios del periodismo.

### El declive de la corresponsalía de guerra

**E**ste depauperamiento de la corresponsalía de guerra se inscribe en la evolución más fundamental de la “industria mediática”. En los años ochenta y noventa, la actualidad internacional fue víctima de la “mercantilización” de la información, que desembocó en la conclusión de que “a la opinión pública no le interesa lo que sucede en el extranjero”. La caída del muro de Berlín en 1989 y la implosión de la Unión Soviética brindaron un pretexto para reducir el espacio dedicado a la actualidad internacional, que empezó a considerarse menos peligrosa, y cerrar las oficinas del extranjero. “Goodbye world”, escribía en 1998 Peter Arnett, de la CNN, en un artículo de la *American Journalism Review*. Salvo un puñado de cabeceras y programas de referencia, los medios de comunicación y, en particular, la televisión, redujeron la información internacional al *bang bang*, como señala dolorosamente el politólogo Matthew Baum en 2003, en su libro *Soft News Goes to War*. El periodismo de guerra quedó reducido en parte a esos “warcos” tocados con casco, vistiendo chaleco antibalas, emocionadísimos por hacer una crónica en directo con un fondo de espirales de humo oscuro o estallidos de bombas desgarrando la noche. “Sabían cubrir una guerra y no sabían qué guerra están cubriendo”, ironizaba un colega.

Así es cómo gran parte de la prensa internacional, víctima de esa retirada del mundo y esa *tabloidización* de la información, “echa a perder” unos hechos que, vistos en su conjunto, le podrían haber permitido desempeñar su papel de voz de alerta; en particular, prevenir a las autoridades y a la opinión pública de los riesgos derivados del “desajuste del mundo”, retomando la expresión del autor libanés Amin Maaluf, y prevenir los atentados del 11-S. *How We Missed The Story: Osama Bin Laden, the Taliban and the Hijacking of Afghanistan*, “cómo echamos a perder esa información”: el título que Roy Gutman dio a su libro dedicado a Afganistán tras la retirada de los soviéticos ilumina con crudeza la negligencia de la prensa estadounidense. “Estábamos adormilados”, remachaba David Halberstam, quien se había distinguido como corresponsal de guerra en Vietnam, al “anunciar” con sus reportajes desde el terreno la inevitable derrota norteamericana.

A partir de los años 2000, la crisis económica de los medios de comunicación tradicionales, golpeados de lleno por la competencia de Internet, la eclosión de las redes sociales, un descenso del público de pago y un derrumbe de los recursos publicitarios, no hizo más que contribuir a esta contracción de la actualidad internacional. La globalización de la información, a raíz de la difusión por satélite, y la llegada de nuevos actores con un enfoque distinto de los conflictos –primeramente Al Yazira– también tuvieron que ver con ese esplín de la corresponsalía de guerra. Sin duda, aumentaron la oferta y

la diversidad informativas, pero también minaron su autoridad, al demostrar la relatividad de los puntos de vista y de los marcos de interpretación. “¿En qué nos diferenciamos de la CNN?”, nos confesó en 2003 el director de Al Yazira, Wadah Khanfar. “La CNN enseña el misil disparado desde un buque americano. Nosotros enseñamos el misil que cae sobre Bagdad”. Durante la guerra de Irak, el seguidismo, e incluso el belicismo, de grandes medios de comunicación estadounidenses exacerbó esta percepción de que los periodistas forman parte de un bando, mientras que tras la Segunda Guerra mundial y el conflicto coreano hubo quienes quisieron incrementar su independencia y afirmar su imparcialidad profesional, en particular dando la palabra al “otro bando”.

Pocas veces han tenido los periodistas buena acogida en los campos de batalla. En los últimos años, han pagado muy cara esta voluntad de los Estados de relegarlos. La segunda guerra de Chechenia (1999-2006) fue uno de los laboratorios de esta política de exclusión e intimidación. El asesinato, el 7 de octubre de 2006, de Anna Politkovskaia en Moscú dejó claro que había zonas de silencio informativo. Sin embargo, la agresividad hacia los reporteros también ha sido cosa de países democráticos: los ataques americanos alcanzaron a medios considerados hostiles, como Al Yazira en Kabul en 2001; soldados israelíes han matado a periodistas, como un cámara de la agencia Reuters en 2008 en Gaza. En todos los casos, las autoridades militares arguyeron que se trataba de errores, de la “confusión de la guerra”, pero los corresponsales ya no se fían tampoco de las “reglas de enfrentamiento” de los ejércitos occidentales.

Hoy los grupos no estatales suponen la amenaza más directa. En los años setenta y ochenta, a menudo se recibía a los redactores con los brazos abiertos en las zonas controladas por grupos rebeldes; ahora tienen “prohibida la entrada” o, si se aventuran en el territorio, pueden ser víctimas de secuestro y asesinato. Ya en la segunda guerra de Argelia, en los años noventa, fue casi imposible investigar al GIA, no solo por el cordón de seguridad del ejército argelino, sino también por la hostilidad manifiesta de los extremistas islamistas contra la prensa. Esta guerra ha sido, desde entonces, un agujero negro de la información. La política de exclusión mediática pesa aún hoy en lo que respecta al conocimiento e interpretación de lo que realmente sucedió durante esa “década negra”.

La naturaleza y las formas de la guerra han aumentado los riesgos. Las “guerras de Gaza”, un territorio reducido y densamente poblado, han ilustrado esta extrema peligrosidad. En 2014, según el Committee to Protect Journalists, siete periodistas y trabajadores de los medios de comunicación perdieron la vida durante los combates. En los conflictos internos, caracterizados por la multiplicidad de grupos armados, la fluidez de los frentes y la imprevisibilidad de las tácticas militares, a los corresponsales de guerra les cuesta identificar los riesgos inminentes. La muerte por una ráfaga de mortero de los fotógrafos Tim Hetherington y Chris Hondros en Libia en abril de 2011 confirmó esta

evolución hacia las guerras caóticas, en las que ya no funcionan las reglas de seguridad tradicionales.

Las amenazas que pesan sobre la prensa se han acrecentado, en especial en los países donde ha habido una intervención armada occidental. En Afganistán, Irak, Siria, se han multiplicado los secuestros de periodistas. La brutalidad del grupo Estado Islámico marcó un antes y un después: la decapitación de reporteros americanos y japoneses convirtió inmensas regiones en zonas prohibidas. La guerra de Siria, antes incluso de esos actos de barbarie, ya era una pesadilla para el periodismo. Para adentrarse en las zonas gubernamentales, había que batallar por un visado, con el riesgo de ser considerado próximo al régimen. También había que aceptar a unos “escoltas” omnipresentes, puntillosos y suspicaces. Para acceder a las zonas rebeldes, había que jugar a cara o cruz, elegir a un grupo de entre la nebulosa rebelde, confiar en *fixers*. A pesar de todo, hay corresponsales que han logrado informar, lo más fielmente posible. No obstante, los “periodistas ciudadanos” y –con muchos más problemas– miembros de grupos guerrilleros son principalmente quienes han ido sustituyendo a los enviados especiales, grabando y difundiendo imágenes de enfrentamientos, bombardeos y atrocidades.

El periodismo de guerra se ha adentrado, por tanto, en otro mundo, más pasivo, alejado del frente, dependiente de informaciones ni tan siquiera generadas por él, informaciones sobre un lugar “que yo jamás he pisado”, escribe Alessandria Masi, directora del sitio web especializado Syria Deeply (Beirut), en *Attacks on the Press 2017*. “Tengo con frecuencia una pesadilla, un día me despierto y descubro que todo aquello de lo que hemos informado como un hecho no es verdad. Es irracional, porque hay hechos innegables, pero cuesta saber lo que realmente ocurre”. Ahí es donde intervienen los *fact-checkers* y los descodificadores de vídeos manipulados, donde intervienen periodistas expertos que se afanan por recomponer el rompecabezas de la información y dotarlo de sentido, a partir de propagandas cruzadas y de imágenes clandestinas. Donde intervienen también los *free lance*...

### Inseguridad, censura, competencia

La inseguridad se ha convertido en una de las principales razones de la transformación de la corresponsalía de guerra. Los grandes medios de comunicación, temerosos de poner en peligro a sus reporteros, han reducido las misiones en las zonas más peligrosas. El periodismo independiente ha intentado llenar ese vacío, porque la demanda de información seguía siendo inmensa, pero muy a menudo son más vulnerables al carecer de los recursos que les permitirían protegerse mejor: participar en cursos de formación en misiones peligrosas, comprar equipos esenciales, no quedarse demasiado en lugares expuestos. James Foley, asesinado en 2014 por el EI en Siria, era *free lance*, y aunque contaba con innegable experiencia, no estaba en igualdad de condiciones que los colegas contratados a tiempo completo por grandes redacciones.

La corresponsalía de guerra no solo la determinan los riesgos sobre el terreno y las políticas de censura de los gobiernos. Todo conflicto va también acompañado del estallido de las pasiones y de los sesgos. Ya hace mucho que grupos de vigilancia mediática partidistas arremeten con virulencia contra los periodistas que no siguen la “línea correcta”. Con sus acusaciones, pretenden desestabilizar a la prensa, generar confusión, enturbiarlo todo para desacreditar la información molesta. Las redes sociales han dotado de una envergadura inédita al fenómeno de los “perros de presa”. Los medios que no gustan son el blanco de un verdadero vapuleo, particularmente en Twitter, que a la larga puede conducir a la autocensura.

Finalmente, los periodistas han cedido una parte importante de su espacio profesional. Investigadores de organizaciones no gubernamentales o de centros de estudios suelen disponer de más medios y tiempo para indagar en conflictos armados. Los miembros del E-Team (equipo de emergencia) de Human Rights Watch o de Amnistía Internacional llegan a menudo a los frentes antes que los periodistas “tradicionales”, se quedan más tiempo y sacan a la luz los dosieres negros. Los analistas del International Crisis Group y otros *think tanks* explican el contexto de la guerra, por medio de sus informes y en sitios web muy mediáticos, pero también cada vez más como invitados de las páginas editoriales de los periódicos y de los programas de actualidad.

Estas constataciones no tienen por qué concluir en el comentario desilusionado de John Simpson. El declive, relativo, de la corresponsalía de guerra no es una fatalidad. Aquí y allá, hay redactores que afrontan los retos de la seguridad, reforzando los programas de formación y los proyectos de cooperación, como RISC (Reporters Instructed in Saving Colleagues) o el Warzone Freelance Project. Mal que les pese a los *media bashers*, la prensa sigue también dando excelentes ejemplos de corresponsalía de guerra. Así, se desarrollan nuevas formas de periodismo, más basadas en la colaboración entre los medios y con otros “hacedores de la información”. El periodismo interpretativo recobra su lugar, porque, hoy más que nunca, las sociedades necesitan información que les ayude a navegar en un mundo “ilegible”, fragmentado, interconectado, complicado.

El periodismo de contrapoder también se ha afianzado en su papel principal: el caos posterior a la “misión cumplida” de George Bush demostró con creces, por reducción al absurdo, que la independencia de la prensa es una baza, y no un hándicap, de la “democracia en guerra”. “Crítico al propio país es hacerle un favor y un cumplido”, declaraba en 1966, en plena guerra de Vietnam, el presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Senado, William Fulbright. Es hacerle un favor, porque podemos impulsar al país a mejorar; es hacerle un cumplido, porque es proclamar la convicción de que puede mejorar. La crítica es más que un derecho; es una forma más elevada de patriotismo que los conocidos rituales de adulación nacional”. Una hoja de ruta para el futuro de la corresponsalía de guerra... ■